

MAPA, SIGNO Y REPRESENTACIÓN: UNA APROXIMACIÓN SEMIOLÓGICA AL MAPA COMO FORMA DE REPRESENTACIÓN DE TERRITORIOS Y COMUNIDADES

MAP, SIGN AND REPRESENTATION: A SEMIOLOGICAL APPROACH TO THE MAP AS A FORM OF REPRESENTATION OF TERRITORIES AND COMMUNITIES

Miguel Alvarado Borgoño ¹

RESUMEN

Este artículo trata del concepto de mapa, asumido este en términos genéricos como cualquier forma de representación de territorios y comunidades de carácter icónico y que de manera física o virtual o por cualquier otro medio, da cuenta de un territorio donde podrían o no existir comunidades humanas, de esta manera se asume el concepto de mapa como un artefacto cultural, que en primer lugar tiene un carácter eminentemente polisémico, pues depende de la multiversalidad de lo que es interpretado, ello en una perspectiva semiológica, por otra parte también se considera que el mapa es una proyección de los prejuicios de quién lo interpreta, por lo tanto se trata antes que nada de un signo o de un sistema de signos, que vive todas las vicisitudes como un orientador de la comprensión de los espacios y del habitar humano, como también de la cosmovisión de las culturas respecto de sus entornos y de territorios foráneos.

Palabras clave: mapa, signo, interpretación de mapas.

ABSTRACT

This article deals with the concept of a map, assumed in generic terms as any form of representation of territories and communities of an iconic nature and that, physically or virtually or by any other means, accounts for a territory where human communities may or may not exist. , in this way the concept of a map is assumed as a cultural artifact, which in the first place has an eminently polysemic character, since it depends on the multiversality of what is interpreted, this in a semiological perspective, on the other hand it is also considered that the The map is a projection of the prejudices of those who interpret it, therefore it is above all a sign or a system of signs, which experiences all the vicissitudes as a guide to the understanding of spaces and human habitation, as also the worldview of cultures regarding their environments and foreign territories.

Key words: map, sign, map interpretation.

Recibido: 29/07/2022 Aceptado: 18/11/2022

¹ Doctor en Ciencias Humanas, Postdoctorado Universidad Goethe de Frankfurt Académico Universidad del Bío Bío, Correo: malvarado@ubiobio.cl

1. INTRODUCCIÓN

Quizás la forma más lúcida de hablar de un mapa sea la que un día planteó Jorge Luis Borges²(2001) en un maravilloso cuento, donde decía que el único mapa realmente verosímil era aquel que era específicamente equivalente al territorio que representaba. Es decir, era otro territorio como también otra comunidad. En este caso un territorio y una comunidad compuesta de signos, que daba cuenta de una realidad que por muy empírica que pretenda ser, siempre será una representación signica y por tanto semiológica. Se asume por semiología la perspectiva de Roland Barthes (afincado en el pensamiento de Ferdinand de Saussure), según el cual el mapa es un texto y el discurso, según Barthes, no refiere a un texto que construye un sentido, sino al sentido socialmente creado y compartido que atraviesa a los textos. Por tanto, su análisis no debe recaer en la comprensión del texto, sino en la comprensión de los sujetos que se comunican a través de él (Barthes, 1980). El mapa es un signo que en su conformación aglutina a otros signos que interactúan y que es del mismo modo un signo y un sistema dinámico de signos.

En estas páginas hablaremos del mapa de manera genérica asumiéndola cómo toda forma de representación de un territorio, que asume o la existencia de una comunidad y la potencialidad o la imposibilidad del habitar de esta. Un mapa es más que la representación de un espacio físico, es, o una forma incluso multicultural de ocupación o es la representación de una zona inhóspita donde la comunidad humana es una ausencia que paradójicamente en la existencia del mapa mismo evoca presencia.

Desde el origen de los mapas mucho antes incluso del horizonte presocrático específicamente en Mesopotamia en lo que hoy llamamos Oriente Medio, el mapa era por una parte una guía para orientarse en un territorio determinado. Pero también fue siempre un modo de ordenar el mundo que representaba. De manera tal que el mapa no es solo un hecho cultural a secas, sino que también es específicamente político. En tanto da cuenta

² En aquel imperio, el arte de la cartografía logró tal perfección que el mapa de una sola provincia ocupaba toda una ciudad, y el mapa del imperio, toda una provincia. con el tiempo, estos mapas desmesurados no satisficieron y los colegios de cartógrafos levantaron un mapa del imperio, que tenía el tamaño del imperio y coincidía puntualmente con él. Menos adictas al estudio de la cartografía, las generaciones siguientes entendieron que ese dilatado mapa era inútil y no sin impiedad lo entregaron a las inclemencias del sol y los inviernos. en los desiertos del oeste perduran despedazadas ruinas del mapa, habitadas por animales y por mendigos; en todo el país no hay otra reliquia de las disciplinas geográficas. <https://ciudadseva.com/texto/del-rigor-en-la-ciencia/> Recuperado 28 del 01 de 2014

de los modos en que un ordenamiento del espacio que al mismo tiempo representa un tipo de ordenamiento de comunidades y por lo tanto de un modo de simbolizar ese mundo que representa. Comenzando en la tradición de la Ilustración, cuyo afán por construir mapas era pertinaz sobre todo de territorios ignotos en ese momento. Siempre se pensó al mapa no como una representación signica y por lo tanto tremendamente capciosa de aquello que quería representar. Sino que se le rumió eminentemente como un modo en el cual se podía establecer ilusoriamente una correspondencia lo más perfecta posible entre lo que el pensamiento empirista inglés de David Hume (Cantera, 2010) en adelante definió como la isomorfía³ entre lenguaje, pensamiento y realidad, y que el pensamiento racionalista europeo continental se definió como la correspondencia entre signos, sentido y referencia.

A menos de que tratemos de ser fieles a Borges y construir un mapa de las mismas dimensiones proporciones y habitantes que el territorio que representamos, entonces el mapa siempre será un signo y del mismo modo un sistema de signos en relación y en mutación. En consecuencia, es un constructor de territorios, sobre la base de comunidades reales o imaginarias, efectivas o potenciales.

Aunque un mapa represente un territorio deshabitado, está latente en la posibilidad de que esa correspondencia entre los representados y el mapa que representa tenga que ver con algún tipo de comunidad. Esta de manera reducida da cuenta de un tipo de asentamiento humano en una relación ecológico cultural que proporciona una perspectiva humana. No es muy novedoso decirlo, pero el mapa es un hecho humano y quizás sea una de las formas más claras de humanidad. Cómo dijo Marx (Atienza, 2009) el ser humano tiene la capacidad de humanizar y diríamos nosotros hominizar a la naturaleza. De una u otra forma un mapa es una prepotente manipulación en la cual se visualiza un territorio físico de una manera determinada y se le hominiza planteando una determinada relación ecológica cultural, por lo tanto, el mapa no es nada más y nada menos que un modo en que un espacio se hace humano, con todas las contradicciones como perversiones y maravillas que esto traiga. El mapa es signo y representación: una aproximación semiológica muy humana por ello a la representación de territorios y comunidades.

³ (del griego ἴσος: igual, y μορφή: forma). Relación entre objetos que tienen una estructura igual, idéntica.

2. DESARROLLO

Quisiéramos referirnos aquí a dos posiciones respecto de los territorios que definieron dos formas de mapear distintas. Aparentemente no se diferenciaban en la expresión icónica y grafémica en su forma de representación física, pero detrás de sí llevaban unas ideologías radicalmente distintas. Éstas de una u otra forma nos dan cuenta de cómo el plano ecológico cultural es asumido por las formas de representación de los territorios: la primera es la desarrollada por Augusto Pinochet Ugarte. Éste antes y después de ser el dictador chileno, contaba con una especialización en geopolítica y fue profesor de su especialidad en la Academia de Guerra del ejército donde se forman los oficiales de Estado Mayor del ejército de Chile, por lo tanto, se forma allí a la élite que mandará el ejército chileno. Este hombre más allá de su prontuario criminal el cual no corresponde mencionar acá, no era una persona del todo ilusa y desde una perspectiva de corte fuertemente desarrollista y geopolíticamente ultranacionalista, planteó una idea en sí misma no del todo desmesurada.

Este personaje decía claramente que gran parte del territorio chileno no es utilizado, (Pinochet, 1974), porque gran parte no está poblado. Por supuesto no nos referimos solo al Desierto de Atacama el desierto más grande e inhóspito del mundo, sino al extremo austral dónde grandes regiones dan cuenta de un porcentaje de kilómetros cuadrados por habitantes que para cualquier país desarrollado resultaría irrisorio.

Las regiones antes mencionadas además tienen potencial ecológico y mineralógico. Son regiones verdes donde hay una tremenda biodiversidad y donde además se han descubierto minerales importantes y por sobre todo algo que Pinochet no alcanzó a visualizar en su momento. Puesto que, no estaba en las prioridades de su época cuando escribió el libro específicamente reditado en 1974 denominado *Geopolítica*, y esto es la existencia de una gran cantidad de agua, como por ejemplo la presencia del río Baker⁴ que es el río más caudaloso del mundo o al menos por lo que hemos podido alcanzar a

⁴ El río Baker es un curso natural de agua que nace en el lago Bertrand y fluye con dirección general sur en la Región de Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo hasta desembocar en el océano Pacífico.

averiguar uno de los más potentes de todos los que hay en el planeta, en cuanto a cantidad de agua que fluye por su seno.

Toda la representación del territorio que hace Pinochet está siempre centrada en el plano de las comunidades sean estas efectivas y particularmente las potenciales. Su visión percibe un territorio deshabitado, tremendamente rico pero que paradójicamente carece prácticamente de comunidades humanas. Por lo tanto, el territorio existe no por sí mismo en la visión de este autor, sino que existe la función de su potencialidad geopolítica. Primero, de ser un lugar de colonización para explotar recursos naturales, y en segundo lugar un espacio para la ocupación que anule las tentaciones de Argentina de ocupar ese territorio. Lo último, debido fundamentalmente a los conflictos geopolíticos con este país vecino que ha tenido Chile y que tuvieron su punto más alto en la casi guerra entre Argentina y Chile el año 1978.

Este autor, aporta visualizaciones y narraciones respecto de esas miradas básicamente en función tanto de la precariedad numérica de las personas que allí viven, su tremendo aislamiento y también la tremenda potencialidad. Esta última no trata solo de una posibilidad, sino de una enorme urgencia tanto por razones económicas como incluso militares.

Probablemente hoy la visión que tendríamos de nuestro territorio austral sería muy distinta y el mapeo que sería estaría centrado más que nada en los recursos naturales que se poseen y en la potencialidad de estos. Aunque de todas maneras está la visión de un territorio que por deshabitado está utilizándose de manera débil o por no decir inoperante.

Lo anterior, repercutió en hechos concretos como la carretera que hoy se llama Carretera Austral pero que nos guste o no en un momento se llamó Augusto Pinochet. Independientemente del nombre, esta carretera intenta comunicar a Chile, no solo para que exista una conexión directa con ciudades fronterizas como Punta Arenas sino para que todo ese territorio tenga una *Vía Appia* que sea capaz de generar poblados y luego asentamientos humanos mucho más complejos que permita la utilización de recursos naturales. No obstante, todo ello siempre considerando la existencia de asentamientos humanos que podrían significar la hominización de ese territorio. En este sentido su visión

es la típica de aquella que concibe el territorio como una zona de ocupación y conquista, como un recurso natural, como un espacio para ser habitado. El territorio para Pinochet no existe como territorio en sí mismo, pero sí como potencia para ser ocupada y utilizada, es por eso por lo que no es el desierto de Atacama lo que atrae su mirada sino la inmensa biodiversidad y la tremenda extensión territorial de la zona austral.

Otro tema que fue tremendamente polémico y que también guarda relación con nuestro territorio Sur como país es el Parque Nacional Pumalín. Fue comprado como territorio originalmente por el millonario norteamericano Douglas Tompkins (Franklin, 2021). Su visión por supuesto es radicalmente distinta a la de Pinochet, y se podría sintetizar en los principios de la ONG que él creó y preside su hija que son los principios de la llamada de *ecología profunda*⁵. Hay una diferencia fundamental en la visión de Tompkins respecto de la de Pinochet, que la representación del territorio está dada por la relación bioecológica que existe en el territorio y que intenta ser protegida y potenciada.

Para Tompkins no son importantes las comunidades y su intención no era poblar este territorio. Su propósito era preservarlo en una perspectiva en la cual se trataba de defender uno de los pulmones verdes del planeta y donde lo fundamental no era, ni la bonanza geopolítica de Chile, ni la explotación económica. Para él, lo importante era proteger una zona que ideológicamente era de importancia y su relevancia es la de ser una zona sobreviviente del cataclismo ecológico contemporáneo. Además, guarda relación incluso con la producción de oxígeno para el planeta. Para la perspectiva de la ecología profunda, el ser humano es un incidente en el contexto de los nichos ecológicos, y su presencia o ausencia es solo una situación que debe ser asumida como secundaria frente a otra dinámica que es la propia de las cadenas tróficas⁶ de los medios ecológicos. Esta ecología profunda no está centrada en las comunidades. Por lo tanto, su visión del territorio

⁵ La ecología profunda es una rama de la filosofía ecológica que considera a la humanidad parte de su entorno, proponiendo cambios culturales, políticos, sociales y económicos para lograr una convivencia armónica entre los seres humanos y el resto de los seres vivos. Establece ciertas normas que se apoyan en una visión de la naturaleza con una noción de la realidad y el lugar que ocupamos como individuos en el planeta. Considera que los seres humanos no tienen derecho a pasar por encima de la diversidad, únicamente para satisfacer sus necesidades vitales.

⁶ La cadena trófica (del griego trophos, alimentar, nutrir) describe el proceso de transferencia de sustancias nutritivas a través de las diferentes especies de una comunidad biológica, en la que cada una se alimenta de la precedente y es alimento de la siguiente. También conocida como cadena alimenticia o cadena alimentaria, es la corriente de energía y nutrientes que se establece entre las distintas especies de un ecosistema en relación con su nutrición.

es exclusivamente, o al menos prioritariamente de corte biológica e ideológicamente tiene como primado axiológico formal la defensa de los territorios biológicos y de sus relaciones ecológicas de dependencia e interdependencia dentro del mismo nicho en el que se desarrollan.

El mapa de Tompkins como metáfora es un mapa en que los seres humanos no son importantes cómo habitantes en comunidades, sino el contexto ecológico como hecho biológico y como conjunto de cadenas tróficas en las cuales circula energía y a la cual muchas veces la presencia humana altera y perjudica.

Es aquí estos dos ejemplos, básicamente porque, hay dos visiones del territorio que son radicalmente distintas. Sin embargo, no dejan por eso de representar al territorio mismo como, la de Pinochet (1974) es una visión esencialmente centrada en el sujeto cultural habitante comunitariamente de un territorio, dado la de Tompkins es un modo de asumir el territorio en el cual lo fundamental son los hechos biológicos que acaecen en ese territorio, así como el modo en que ese territorio puede vincularse con procesos biológicos macrosociales y macroestructurales a nivel del equilibrio ecológico del planeta. Se trata por lo tanto de dos visiones que nos dan cuenta de forma distinta de la territorialidad.

El territorio dicho sea a manera de síntesis en este punto: es aquel lugar no solo que es habitado, sino por sobre todo es aquel lugar que es representado. Puede ser un territorio humano donde lo prioritario es el devenir del ser humano dentro de ese contexto o por el contrario ser solamente el ser humano un accidente dentro de este contexto ecológico dado. Aquí tenemos dos opciones del territorio que nos parecen contrapuestas y que son dos visiones semióticamente distintas. La primera es la del territorio como fenómeno ecológico cultural y por lo tanto social. La segunda es la del territorio entendido básicamente como un hecho biológico en el cual coexisten más que nada fenómenos que corresponden al orden natural.

En este punto rompemos con la lógica hegeliana (Binetti, 2016) de que lo humano es producto de la dialéctica esencial entre naturaleza y cultura, y de lo que se trata es de que ni la cultura ni el ser humano son absolutamente esenciales para representar y valorar un territorio. Lo que tenemos aquí es una forma de entender la territorialidad de maneras

distintas, la primera es en función del sujeto cultural, la segunda es desde el obviar al sujeto cultural. Grandes conflictos se produjeron cuando, por ejemplo, se decía que en el caso de Tompkins valía más un ave o un camélido que las personas que colonizaron lo que hoy es el parque Pumalín. En el caso de Pinochet, el fanatismo por la construcción de su carretera austral llegó a tanto, que llegó prácticamente a esclavizar a civiles y militares para extender esta carretera de manera tal de que los efectos ideológicos dan lugar a hechos concretos en el modo no solo de tratar el territorio. No solo a nivel conceptual sino desde una semiótica del modo de visualizar el territorio que da lugar a una visión muy distinta del ser humano; una que lo utiliza y lo pone como epicentro en pro de un poblamiento muy parecido a las ideas de Vicente Pérez Rosales respecto del Sur de Chile durante el siglo XIX y la inmigración europea. La otra es una visión en la cual se parte de evadir al sujeto cultural concreto que habita o potencialmente podría habitar ese territorio, la pregunta que queda planteada, ¿un territorio es un fenómeno natural o es un fenómeno cultural centrado en la naturaleza?

2.1. El signo rotando

En mapas, planos y esquemas que representan un territorio y por tanto a una comunidad, ocurre algo que es propio de todo signo y de todo sistema de significación. Esto es la preeminencia de la polisemia; el mapa como fenómeno siempre tiene la ambición de representar de la manera más fidedigna posible, pero no puede sortear la contingencia del sistema observador. El mapa es visto por algo y desde su interpretación se asumen dimensiones fundamentales de un territorio y de una comunidad. No obstante, ninguna interpretación puede ser exactamente igual a la otra, no porque el mapa varíe, sino porque la perspectiva varía de persona a persona, de grupo a grupo y de tiempo en tiempo.

El mapa es un sistema simbólico no verbal que vive muchas de las mismas vicisitudes que vive una escritura. La mimesis o interpretación es siempre una co-creación creativa, y aquello que se distinga siempre involucra dejar de distinguir otro aspecto en el mapa mismo. El mapa es un sistema sígnico, múltiple y complejo, que cómo todo lenguaje está expuesto a la variedad de la interpretación. Lo anterior, ha ocurrido vertiginosamente, y para superar esta ambigüedad se han realizado taxonomías entre: mapas físicos,

económicos, políticos, climáticos, zoológicos, etnográfico y así un sin número de clasificaciones que intentan reducir la incertidumbre y la interpretación.

Todo mapa es logocéntrico⁷, pues se origina en un punto central. En un centro, sea este el territorio físico, el escenario humano, las divisiones políticas, las especificaciones económicas, etcétera, pero este punto es solo una guía general de viaje. Un punto de señalización para realizar la interpretación, desde allí como resalta un aspecto más puntual esto es el hecho de que, como se asuma al conjunto dependerá de la prioridades y prejuicios de quien observa y de los modos de lectura del mapa que una comunidad interpretante defina.

El mapa más que ser una narración objetiva de un territorio, suele ser un sistema de expresión de deseo. De quienes los confeccionan y deseos de quienes los interpretan. Muchos mapas del periodo colonial latinoamericano incluían la existencia de la Amazonia, donde supuestamente habían sido vista mujeres amazonas. Y en los mapas coloniales no faltaba la invariable y al mismo tiempo rotativa figura de El Dorado, ciudad mítica y aurea, por la que muchos conquistadores perderían la cabeza.

De los mapas de geografía humana hasta hace un siglo al sur del río Bío Bío en Chile era un territorio donde nunca se distinguían las variantes de culturas indígenas. Y más al norte pehuenches eran confundidos con mapuches. Lo mismo que más al sur los tehuelches y los lafquenches. Aunque los separaban diferencias biológicas, culturales e incluso dialectales. Los mapas políticos varían, dependiendo de guerras y tratados. Justamente la imprecisión, como es el caso del extremo austral de Chile y Argentina ha sido asunto de litigio y rumores de guerras. Ocurre lo mismo con el territorio en disputa en la Palestina, donde judíos y árabes definían territorialidad y comunidad en mapas que son diferentes en lo referido a la esfera de influencia. Ello ha sido el preámbulo en Medio Oriente de enfrentamientos y guerras. Hoy la presentación de los mapas geopolíticos de la ex Unión Soviética es un entramado que aún con ella, conflictos como los de Ucrania, se asocia incluso a una guerra aún en curso en la zona de conflicto con Rusia.

⁷ El logocentrismo es la tendencia de un texto a encerrarse en la lógica de su propio lenguaje y a considerar a este como un modelo de referencia. Se refiere a la tradición de la ciencia y la filosofía occidentales que considera las palabras y el lenguaje como una expresión fundamental de una realidad externa.

Pero no se trata de que la polisemia sea producto de su supuesta inutilidad, el mapa ha sido una de las grandes creaciones de la cultura. Ha orientado y ha permitido que se descubriesen territorios y culturas. Ha representado lo que no tenía nombre o identidad, en definitiva, ha dado un ser a territorios y comunidades. El gran problema estriba en lo que Heidegger entendió como el *Dasein* (Heidegger, 1973) o lo que ha sido traducido como el ser en el mundo. Desde esta premisa heideggeriana está sin duda presente la perspectiva del habitar. Esto no es solo ocupar un lugar en el espacio, es comprometer no solo razones y necesidades. Requiere de un primado, de un fundamento que arraiga a un espacio físico, humano y místico.

La verdad es muy compleja, habitar porque es complejo el *SER en el mundo*, el reconocer un lugar ontológico que nos identifique y que del mismo modo no reconozca a nosotros. Pero tanto el mapa es un intento complejo de adjudicar un lugar y distinguir las características, pero la gran disyuntiva es el Ser, algo más profundo que la sustancia o la esencia de lo que somos.

El mapa tiene una ambición imposible y del mismo modo imprescindible. Esto es identificar un espacio humano y físico donde el devenir de la vida transcurra y donde una persona pueda identificarse, aunque se trate por ejemplo de la punta nevada de una cordillera a la que nunca se accederá físicamente.

En una zona rural cuando un vecino a solicitud nuestra realiza un plano que nos inicia como llegar a un lugar, hay un arraigo que hace al aparentemente precario mapa que pueden confeccionarnos casi un instrumento perfecto. Porque, en la noción del vecino rural puede que las nociones de las distancias, los tamaños y las proporciones no sean la nuestras como usuarios del mapa. El mapa, es altamente preciso por que remite al extremo arraigo que el habitante rural tiene respecto de los lugares que nos narra en su mapa elemental. En el aparente garabato que bosqueja en un papel cualquiera para orientarnos, él o ella ha caminado los lugares de los cuales nos habla, ha visto esos lugares, son parte de su universo cotidiano, son parte de su vida, son una extensión de su cuerpo. Algo mucho más profundo que un cúmulo de información. Ese mapa adolece prácticamente de polisemia, la hoja de papel garabateada es en sí no solo una

representación, es una extensión del paisaje narrado, es una narración fidedigna y sumamente isomorfa. Es el Ser representado.

2.2. El mapa: la comprensión y la ausencia.

La mente humana se organiza en dos ejes fundamentales: el eje sintagmático y el eje paradigmático. El sintagmático es el de la sucesión de elementos, el paradigmático es el de la selección de ellos. Esta concepción de nuestra mente, así formulada, reviste un avance que comenzó configurándose fundamentalmente desde la lingüística. Sin embargo, actualmente responde a toda forma de funcionamiento de nuestra mente y por supuesto a lo que guarda relación con los mapas entendidos como sistema de representación del mundo.

En los mapas operan sintagmas y paradigmas. Un mapa es un conjunto de elementos en los cuales se desplazan síntesis que son seleccionados por quienes confeccionan el mapa como sistema sígnico y por quienes definen paradigmáticamente la selección de elemento. En este último aspecto queremos hacer énfasis, es fundamental entender que cuando se selecciona algo, hay un sistema de apertura y de clausura a nivel operacional. De manera tal que un mapa como sistema de representación es eso: un sistema en el cual hay signos que se relevan se destacan y prevalecen, pero invariablemente habrá otros que estarán ausentes. No obstante, esta ausencia puede revertir un vacío absoluto. Por lo tanto, la no presencia radical de un elemento quien sí representa un cerrarse a una forma de representación y también puede significar una ausencia que representa algo. Si un mapa político evade la representación de un elemento climático, geográfico o económico, es porque quiere del mismo modo decir algo al no decirlo, por lo tanto, un sistema de representación no solo puede ser considerado por su sistema de inclusión, sino también por su sistema de exclusión. Un mapa es una larga aglomeración de aperturas y clausuras. También dicho más específicamente de presencias y de ausencias.

Podemos decir que en realidad es más lo que se deja de decir en términos absolutos respecto de lo que efectivamente se dice. Es más, lo que está presente de lo que está ausente, cada mapa representa una parte de un sistema taxonómico en el cual se

intenta separar política, economía geografía, etcétera. Pero ese sistema de taxonomización significa necesariamente confiar elementos que pueden en mucho sentido representar elementos que son significativos y que incluso conllevan la intención de hacer presente desde la ausencia de un elemento.

Los mapas coloniales de las posesiones de expansión de España durante los siglos XVI, XVII y XVIII eran evidentemente sistemas de inclusión y de exclusión. En ellos se relevaba de manera particularmente importante la potencialidad económica y particularmente los potenciales en cuanto a metales preciosos. Lo que Gabriel García Márquez (2012) llamaba *el delirio aurífero* de la colonia. Hacía que no solo el oro, sino que otros metales preciosos fueran expresados plenamente en los mapas. Pero el nivel de beligerancia de los grupos étnicos locales no era revelado, se le ocultaba, justamente porque representaban el modo en que la extracción de metales preciosos podía verse obstaculizada. No había un mapa respecto de la peligrosidad de los indígenas. No porque los indígenas no pudieran ser peligrosos para los conquistadores, sino porque justamente se intentaba ocultar esa variable, para que fuera una noticia vista recién cuando la amenaza estaba frente a los ojos del conquistador.

Los mapas que hoy se hacen del Medio Oriente y de países particularmente importantes como Irak, expresan diferentes dimensiones de esos territorios, pero son tremendamente inexactos. Por ejemplo, lo que tiene que ver con la distribución de los combustibles fósiles, es muy difícil encontrar un mapa fidedigno respecto del petróleo. Esto responde a una realidad tan categórica como los motivos que determinaron la invasión de Estados Unidos a esa zona, y es que allí están los recursos de petróleo más importantes del mundo. La ausencia de la presencia de la riqueza añorada es una ostentosa presencia que no solo revela sospecha, sino que revela un elemento de poder en que como dice Michel Foucault (1987), se jugó *el orden del discurso* expresado en los mapas. Se nos representa de una manera preclara, se representa en la ausencia y en la presencia en el mapa para constituirse en un instrumento de poder colonial.

Es allí plenamente pertinente la utilización de las categorías de Michel Foucault respecto de los sistemas de inclusión y exclusión. Si el mapa en el fondo es un sistema

cíclico de expresión de un discurso, ese discurso no es solo determinado por variables evidentes como la geopolítica las económicas o las de clase. Sino que guarda una relación con un hecho que Foucault destaca. Esto es la presencia de órdenes discursivos. Pero, ¿qué es un orden discursivo? Es un sistema de inclusión y exclusión que supera la dimensión sociocultural económica o política misma. Es como dice el mismo autor *una voz sin nombre* que opera antes que el discurso comience a emitirse, antes que la enunciación comience, en nuestro caso antes que el mapa llega a ser concluido, y que define el tema del poder dentro de una textualidad como puede ser un mapa. No está determinado por una variable específica sino por lo que nuestro autor entiende como la *episteme* de una sociedad. Es decir, por los modos de conocer hegemónicos y marginales, que son modos del mismo modo de dominación como de sumisión.

Todo artefacto cultural que involucra la presencia de signos conlleva un sistema de exclusión y un sistema de apertura, donde como planteamos al principio lo más preponderante es la ausencia más que la presencia. Pero el nuevo no es la voluntad de que en confecciona el mapa la que determina que se incluye y que se excluye. Ya hay como dijimos Foucault (1987;1991) una voz sin nombre que antecede a la idea misma de la confección del mapa como sistema signico. De manera tal que de una u otra forma el mapa ya está mapeado, el mapa ya está determinado por aquello que va a ser destacado y aquello que va a ser excluido.

Si hablamos de algo que está más allá de la voluntad subyacente al mapa, en el mapa, ¿cuáles serían los sistemas de exclusión e inclusión que determinan los órdenes discursivos que operan en la confección de este artefacto?, allí opera la pregunta por el conocer y su respuesta desde el reconocimiento de dimensiones que nuestro autor define de distintas maneras. El uso de los placeres y dentro de esto el uso de los cuerpos. Muy vinculado con lo anterior el *biopoder* que se ejerce es un factor decisivo. El mapa es un sistema de biopoder donde aquello que está en su epicentro es el modo en que ese sistema cíclico llamado mapa es influido por los modos en que se domina y se da libertad al uso de los placeres, a la represión de estos y en el uso de los cuerpos.

Una comunidad humana es un conjunto de sujetos poseedores de *cuerpos históricos y deseantes* que están sometidas a las lógicas de dominación, no solo del sistema social mismo ni sus relaciones productivas y políticas, sino a la manipulación de los cuerpos concretos.

Dominar una comunidad involucra dominar los cuerpos de quienes la componen, son objeto del biopoder que es determinado por el orden discursivo. Dicho de otra manera, el poder opera manipulando los cuerpos modelándolos y preestableciendo lógicas de manipulación como también de emancipación. Podemos ver el caso extremo de un mapa que representa un territorio exclusivamente como territorio físico y más radicalmente podría ser un territorio deshabitado y teóricamente inhabitable.

El clasificar un territorio como deshabitado o inhabitable es ya establecer un biopoder donde se clausura operacionalmente la posibilidad de que un cuerpo opere en ese territorio. Por lo tanto, el orden al discurso está dado, se niega la posibilidad desde el mapa de que los individuos puedan habitar o incluso visitar un territorio dado. En consecuencia, es una demostración categórica de la operación de los órdenes discursivos a través del mapeo. Hacer un mapa, es decir, diseñar ese sistema sígnico y llevarlo a cabo es de una u otra manera un modo ostentoso de invitar a la presencia de las comunidades, como también de inhibir la presencia de otras. Más que hablar de los peligros y de las virtudes de un territorio están determinando una invitación o una exclusión de los cuerpos que podrían constituir comunidades en territorios dados.

El mapa es la expresión del orden discursivo. En los territorios de colonización como es América Latina, antes de existir lenguas que posibilitaran el intercambio. Por ejemplo, como decía Neruda (1999) los españoles depositarán sus perlas, sus palabras, mientras conquistaban. Ya el mapa establecía un sistema de representación que diseñaba un modo de asumir el territorio físico y muy probablemente al modo en que se debía acceder a ese territorio para conquistar para así dominar a los individuos concretos. Visto de esta manera como expresión de los órdenes discursivos el mapa es un ejercicio de biopoder donde más que pesarse verosímelmente las características de un territorio se anuncia las potencialidades de este territorio y también sus obstáculos.

Lo anterior, hace posible que el mapa sea tanto una clausura como una invitación a ocupar. El mapa de la conquista de América en el período colonial era un mapa muy optimista que definía su acción desde lo que Enrique Dussel (1997) definía como la lógica del *yo conquisto*. Por lo tanto, siempre era una invitación velada a la ocupación colonial de estos territorios. Como resultado, la llegada de estas comunidades antes que ser una decisión política o económica del mapa colonial es la expresión de los órdenes discursivos que desde el uso del biopoder proporcionaba la posibilidad de que las comunidades conquistadoras dominaran a las comunidades ya presentes ancestralmente en esos territorios.

Cuando Vicente Pérez Rosales (1886; 1935) invitó desde Hamburgo a habitar la zona de la olla hidrográfica del río Calle-Calle, agrega en un periódico local que los alemanes se encontraron con un clima propicio muy parecido al de sectores puntuales de Alemania. Pero por sobre todo de que en esa zona no hay personas. En su lógica colonial expansiva ya en la etapa republicana efectivamente no había personas en un sentido eurocéntrico del término, había indígenas. Principalmente huilliches, los que fueron negados y luego oprimidos en esa zona. La cultura indígena era muy compleja desde el punto de vista lingüístico, organizativo, en su sistema de parentesco, entre otros. Empero, poco podían hacer frente a la ocupación de toda esa zona que militarmente produjo una opresión históricamente impresentable.

Lo anterior, dio como resultado la invitación de alemanes y también a otros grupos nacionales europeos a que conquistaran ese territorio, ocupándolo. En tanto el mapa no decía que había indígenas pues el orden discursivo establecía que no eran personas las que existían ahí desde tiempos ancestrales.

2.3. Todo mapa es un signo y es un signo político

Nos encantaría que el mapa fuera exacto respecto lo que en una circunstancia desea. Soñamos al mapa como el bosquejo dibujado por el lugareño para llegar a un lugar escondido o recóndito. Nos gustaría que el mapa se adaptara a nuestras necesidades cognitivas de ese instante como un acoplamiento perfecto. Pero, el signo siempre posee una distancia con lo pensado, más bien cada mapa es un signo y del mismo modo

un sistema de signos que sirve a propósitos que no son exactamente lo que queremos o a veces son remotamente lo deseado.

Leer un mapa, cada vez que lo hacemos, es internarnos en una sumatoria de intenciones, deseos, necesidades y limitaciones, que ya son antiguas al momento en que el mapa es observado. Ningún sistema computacional supera la distancia entre el mapa como signo y las expectativas de quien lo observa e interpela.

Pasa con el mapa lo mismo que con el rostro y el cuerpo amado. La mayoría de las veces deseamos que en el nuestro se desarrolle una entrega absoluta. Como si la persona hubiese sido hecha a nuestra medida y para nuestros deseos y por muy fugaz que sea una relación siempre hay una instancia de entrega y de recepción que es única, o que deseamos que sea única cuando nos comprometemos con ese abrazo. Con el mapa ocurre algo parecido, miramos el mapa como quien mira y abraza el cuerpo amado y deseamos que ese mapa sea precisamente el artefacto que responda a nuestras necesidades y a nuestros anhelos. Tal como si se tratase otro ser humano. Pero, el mapa tiene su alteridad. Es una diferencia, que no tiene ni puede acoplarse a nuestros deseos. Es un artefacto que graciosamente se presta para nuestras necesidades y tal vez para nuestras precariedades, pero el mapa al igual que nosotros nunca será perfecto.

Incluso en el plano instrumental hay siempre que contar con la autonomía del mapa. Como ocurre en el necesario respeto a la autonomía de una pareja, el mapa en su creación tuvo sus propios propósitos y cada sistema observador va reinterpretado a este signo. Ningún mapa es superado y es falso, simplemente cambiaron los apegos del observador, de manera que el mapa ya no es útil. El mapa es un algo que cumplió y cumplen un propósito. Es nuestro problema si ese propósito es el nuestro al momento de examinarlo.

Ojalá el mapa fuera como el rostro amado que cumple todas nuestras expectativas, al menos por unos instantes. Pero, la verdad el mapa es un instrumento político. Porque su intención esencial como signo es responder a lo deseos de quienes lo confeccionaron, el mapa puede ser artefacto de dominación o de emancipación. Pero, ante todo, es un artefacto político, porque no es un rostro amado sino una forma de imposición de una

comprensión de un territorio y de una comunidad. Territorio como zona física, y comunidad como sistema social, que lejos de ser unitario está compuesto por subsistemas que podemos definir como individuos. El mapa ordena en tanto organiza y nos da órdenes respecto como mirar, define límites, propiedades, zonas vetadas, espacios comunes y especialmente el dominio cultural de tierra, flora, fauna y personas.

3. REFLEXIONES FINALES

Nos gustaría contar con el mapa como si fuese un instrumento perfecto. Desde la Ilustración occidente se enamoró del mapa porque le permitía llegar a los lugares donde no podía acceder más que por remotas relaciones de colonos, soldados y aventureros. Hoy el mapa realiza el ejercicio de sobre interpretar y en un solo teléfono celular es posible que las características humanas y físicas enmarcadas a un territorio nos sean plenamente cognoscibles. Sin embargo, el mapa siempre falla, ello porque antes que ser un instrumento es un sistema de signos y está sujeto a dos fuerzas: la primera es la de la polisemia, la segunda es la inexactitud respecto de las expectativas del sistema observador, es decir de nuestra mirada.

El mapa es siempre imperfecto, pero de una imperfección que no le quita su indispensabilidad. Necesitamos un mapa que ubique nuestro ser en el mundo y no contar con mapas nos haría deambular a ciegas. El mapa es errático, pero se parece al rostro amado. Se le caen los dientes, tiene arrugas y cambia invariablemente, pero lo necesitamos como una alteridad que nos permite ser en el mundo. Somos con otros, no somos en el vacío, por eso necesitamos del mapa, y cada mirada es un abrazo en la que se admite cuanto lo necesitamos y del mismo modo cuán precario es.

¿Cómo se perfeccionarán los mapas? Probablemente a nivel virtual y adaptándose a necesidades extremadamente múltiples. El mapa nos ubica respecto de caminos, de cosas, de personas. Cada vez el mapa aglutinará variables que nos permitirán que encontremos en él aquello que es lo deseado. Considerando que lo deseado se va transformando a medida que accedemos al mapa. Este no cambiará, simplemente, probablemente a través de la inteligencia artificial irá integrando variables, en un devenir

imposible de sospechar. Un devenir que casi adivinará el deseo de quien lo usa, pero ello no evitará la polisemia.

El mapa siempre fallará, porque las variables que integra serán muchas y muy probablemente sean tantas las variables integradas que no sospecharemos hasta qué punto el mismo mapa no solo integra respuestas sino también preguntas. En este contexto un territorio será un entramado virtual y físico donde se emplazarán objetos empíricos y virtualidades, de manera que el territorio ni será una fisonomía, sino una sumatoria de variables. Variables sobre variables, y las comunidades, en contexto como los de hoy donde es indispensable considerar la multiculturalidad y la transculturalidad. Serán la expresión de las diversidades que cómo grupos de presión pugnan por tener una presencia en el mapa, para que la *comunidad diversa* exista y subsista.

El mapa seguirá siendo un hecho semiológico, no solamente semiótico, pues no solo representará, sino que construirá significados en un permanente rotar, como el signo que como un trompo danza sobre su eje.

Así, el mapa es ante todo una alegoría. Representa otra cosa, pero esa otra cosa es ampliamente polifacética y polisémica. Pensar que se posee el sentido único de la alegoría que el mapa representa es como pensar que este es un retrato a la medida. Como Borges pedía, es decir que es exactamente lo mismo que aquello que representa. Porque el mapa, en realidad, no representa nunca algo del todo concreto, sino que es ante todo una alegoría, expresión de una imagen mental de un territorio dado y una comunidad existente o virtual.

El mapa en gran medida es un *vacío fértil* que se llena tanto con las preguntas como con los deseos de quienes concurren a él, se trata de una alegoría por cierto ampliamente perlocutiva⁸. Pues, en tanto signo alegórico, tiene capacidad de definir la acción del sistema; es decir de nosotros como receptores. No obstante, no por ello todo es ambigüedad. Una alegoría fija caminos y tiene siempre una función en términos de marcar rutas. La ambición de la correspondencia entre significados, significante y referente; en

⁸ Que está considerado en función de la reacción que produce en el receptor en unas determinadas circunstancias.

realidad es reemplazada por una gama de posibilidades donde semiológicamente quien interpreta el mapa va rellenando esa realidad con sus pulsiones.

Sin duda cada elemento que el mapa contiene es una guía en el camino, es un sistema de señalización que define los modos de comprensión posibles a la medida siempre de quién interpreta. Por lo tanto, nos encontramos frente a una suerte de contradicción: el mapa por una parte es una guía de ruta, una orientación en un camino. No obstante, es de la misma manera una posibilidad de apertura donde los caminos posibles son todos aquellos que pueda descubrir quién accede al mapa mismo.

Si el mapa es un sistema de signos alegorizantes, es sin duda una representación de algo. Pero ese algo va más allá de una materialidad, guarda relación con: las expectativas, deseos, rechazos, aperturas, etcétera.

Por otro lado, el mapa da lugar a un sistema sígnico en todas las representaciones que en cada mapa pueda darse de un territorio reiteradamente representado. Por lo tanto, si hemos hablado del signo en rotación es justamente porque el mapa no es un signo único. Es un texto donde los signos se desplazan a nivel sintagmático y pueden ser ubicados a nivel paradigmático para su interpretación. Se trata, de dar lugar a la posibilidad de que muchas formas de lectura sean posibles y a variadas representaciones. Esto puede ser entendido como una tremenda ambigüedad que desorienta y que le quita rigurosidad al mapa.

Primero que nada, tenemos que entender que el mapa como instrumento método de la geografía pertenece al ámbito de las ciencias humanas. En consecuencia, la relación de objetividad entre el sujeto y el objeto es una falsa relación, que se deriva de una ambición positivista un tanto falaz o por lo menos podríamos decir ingenua. Por ello, la amplitud de las posibilidades de interpretación del mapa como alegoría nos da la posibilidad de tomar en nuestros mapas este sistema sígnico y de una u otra forma adaptarlo a nuestras necesidades unidas a nuestros deseos.

La polisemia de la alegoría no es un obstáculo para la comprensión, sino que es la apertura operativa de distintos caminos que permiten lograr adentrarse en una forma de comprensión del mapa como texto complejo, pero sin duda funcional. La funcionalidad no

está originada en una interpretación única, sino que por el contrario está dada por la apertura a un mar de significantes que hacen del mapa un objeto eminentemente humano.

4. REFERENCIAS

- Atienza, M. (2009). *¿Por qué leer a Marx hoy?* México. Fontamara.
- Barthes, R. (1980). *Elements de Semiotique*. Editions du Seuil.
- Binetti, M, J. (2016). *Kierkegaard y el idealismo: lineamientos de su proximidad histórica*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Borges, J, L. (2001). *Antología personal*. Madrid: Editorial Sol
- Cantera, F. (2010). *Investigación Sobre El Entendimiento Humano*. Biblioteca de Obras Maestras del Pensamiento. Buenos Aires, Losada.
- Dussel, E. (1997). *Filosofía ética latinoamericana. De la erótica a la pedagógica de la liberación*. Tomo III, México. Edicol.
- Foucault, M. (1987). *El orden del discurso*. Tusquets.
- Foucault, M. (1991). *La arqueología del saber*. México. Siglo XXI.
- Franklin, J. (2021). *Una Idea Salvaje - Biografía Douglas Tompkins*.
- García-Márquez, G. (2012). *Yo no vengo a decir un discurso*. Colección Contemporánea.
- Heidegger, M. (1983). *Kant und das Problem der Metaphysik, vierte, erweiterte Auflage. V. Klostermann Verlag. Frankfurt a. Main*.
- Neruda, P. (1999). *Canto General*. Buenos Aires. Seix Barral Editores.
- Pérez-Rosales, V. (1886). *Recuerdos del pasado*. Imprenta Gutenberg.
- Pérez Rosales, Vicente. (1935). *La colonización de Valdivia y Llanquihue*. Valparaíso. Universo.
- Pinochet, A. (1974). *Geopolítica*. Andrés Bello.